

ALBERTO SAVINIO

MAUPASSANT Y «EL OTRO»

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO
DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2018



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Maupassant e «l'altro»*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.
Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1978 by Adelphi Edizioni S.p.A., Milán
www.adelphi.it

Este libro ha sido negociado a través de Ute Körner Literary Agent, S.L.,
Barcelona www.uklitag.com

© de la traducción, 2018 by José Ramón Monreal Salvador
© de esta edición, 2018 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-17346-12-6
DEPÓSITO LEGAL: B. 12 455-2018

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2018*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Maupassant: un verdadero romano.

FRIEDRICH NIETZSCHE,
Ecce homo

(Los epígrafes se ponen a la cabeza de los escritos para aclarar en muy pocas palabras su contenido: este epígrafe de Nietzsche ilumina tanto mejor la figura de Maupassant cuanto que no se comprende lo que quiere decir).¹

Nivasio Dolcemare llegó por primera vez a París la noche del 25 de febrero de 1910, y cuando bajó del vagón alemán de tercera clase que le había traído de Múnich a la *Ville Lumière* y puso los pies calzados con unos gruesos mocasines sobre el andén resbaladizo y reluciente de la Gare de l'Est tenía exactamente dieciocho años y seis meses, pues había nacido en Atenas el 25 de agosto de 1891 a la sombra de un olivo y bajo la vigilante mirada de redondos ojos de una lechuza de Palas Atenea. ¿Qué importa si en el orden normal de la vida los dieciocho años son la edad oficial de la adolescencia? Superado el umbral del medio siglo, la vida de Nivasio Dolcemare sigue hoy más que nunca desarrollándose *en el sentido de la adolescencia*, y este hombre sin edad probablemente no alcanzará la madurez sino en la muerte, que es la estación de los frutos más maduros, de los cantos más dorados y de la memoria inmortal.

La precisión cronológica con la que se inicia este escrito ha sido hecha a conciencia, y no se tardará en comprender por qué. Observemos de pasada que la suma del número veinticinco, que se ha repetido ya dos veces, da siete, y

añadamos que el regimiento en el que Nivasio Dolcemare sirvió durante la Gran Guerra—que, a pesar de las pestes que se dicen de ella, en Italia fue una guerra de liberación y de renacimiento—era el 27.º de Infantería, cuya suma da a su vez un número fatídico: el 9. Con irreductible rigor nos mantenemos fieles al código metafísico de la vida porque estimamos que la crisis de la civilización y la decadencia de la cultura hay que atribuir las principalmente al agotamiento del sentimiento religioso de la vida; aunque sepamos que las fuentes de la religiosidad están totalmente secas, nos cuesta a nosotros, metafísicos, un «heroísmo de ilusión», cuyo peso nadie que no fuese nosotros conseguiría sostener.

Nivasio Dolcemare, aparte de esa entidad humana totalmente nueva y exquisitamente original que todos conocemos, es la continuación inefable de algunos hombres que le han precedido en el tiempo. Pero no estará de más añadir que tales *predecesores* no son los únicos (y consabidos) antepasados carnales, es decir, padres, abuelos, bisabuelos y tatarabuelos, sino algunos hombres preclaros que vivieron en distintos momentos del pasado, y unidos entre sí por sutiles y poéticos parentescos, de los que citamos solamente los principales, ante la imposibilidad de dar la lista completa en estas páginas: Heráclito de Éfeso, Platón, Luciano de Samósata, Voltaire, Stendhal, Achim von Arnim, Friedrich Nietzsche.

A los antepasados se les llama también *nuestros mayores*, y en el caso de Nivasio Dolcemare esta expresión encuentra la plena justificación de su augusto significado. No es necesario decir más para que se comprenda por qué el sentimiento de la familia es en Nivasio Dolcemare mucho mayor y mucho más elevado que en otros, y por qué este hombre tiene un sentimiento de la inmortalidad que podríamos llamar simplemente «materno».

Nivasio Dolcemare experimenta de forma muy clara el sentimiento de acuerdo y de continuidad en su persona de los hombres más arriba indicados, aunque sea éste un sentimiento demasiado sutil para poder formularlo, ni ahora ni nunca, en el lenguaje de la fisiología y de la ciencia de la psique. Hemos hablado de «continuidad», pero habría que hacerlo también de «desarrollo». Los hombres recordados más arriba se encuentran y continúan en Nivasio Dolcemare, pero, eso sí, corregidos y perfeccionados. Heráclito no sufre ya de esa anemia lírica que le llevaba a expulsar a Arquíloco de los certámenes a latigazos.² Platón, por su parte, está curado de ese prejuicio de casta que le hizo dar a su república un matiz racista. Luciano no peca ya de exceso de frivolidad. Voltaire ha adquirido un conocimiento más verdadero y hondo de la poesía. Stendhal no detiene ya su vagabundeo en el umbral del terreno filosófico, sino que lleva el stendhalismo al corazón mismo del pensamiento. Achim von Arnim ha comprendido por fin que no es surreal sólo lo que tiene aspecto y fama de serlo. Friedrich Nietzsche ha renunciado³ a esa ostentación de la violencia que practicaba por las mismas razones que las del adolescente que se deja crecer a ambos lados de la cara dos patillas como si fueran dos mentoneras, y, tras haber comprendido lo falso, lo inmoral, y sobre todo lo estúpido, lo «estúpido, demasiado estúpido» de la voluntad de poder y de la «filosofía del martillo», ha podido dar el necesario desarrollo a la lírica ternura de su alma de precursor del hermafrodita.

Nótese que entre los *maiores sui* de los que Nivasio Dolcemare siente la continuación en sí mismo faltan algunos bonitos nombres como Homero, Dante, Shakespeare, y se comprende. Homero, Dante y Shakespeare son nombres que están muy bien, pero al margen del tiempo: diremos fuera de la vida. Son hombres-oasis, hombres-isla, separados

de la cadena, o, mejor dicho, del *tapis roulant* de las ideas, la única condición que importa en la vida y para la vida. Si su obra y todo recuerdo de ella desapareciesen de golpe, es cierto que el mundo perdería valor, pero el destino del mundo no cambiaría ni sufriría otro daño: no padecería ese daño que se produciría si faltase uno de esos hombres que son como eslabones en la cadena de las ideas y cuya falta dejaría un vacío insondable en medio del camino de la vida.

No quiere decirse con ello que hombres como Homero, Dante y Shakespeare carezcan de valor. Muy al contrario. Pese a ser grandísimo el valor de estos hombres, es en cierto sentido inútil, y como el valor de estos altísimos poetas es totalmente singular, aislado y acabado, sin que necesite ser desmentido y desarrollado, no hay razón para que Homero, Dante, Shakespeare y sus semejantes se continúen en la vida de otros hombres, y menos aún en la de Nivasio Dolcemare.

De todo lo dicho se desprende que Nivasio Dolcemare no se ha preocupado sólo de la calidad mental de sus huéspedes metafísicos, sino también del preciso momento temporal de su tránsito terrenal, a fin de evitar superposiciones de fechas entre el día de su muerte y el de su nacimiento. Heráclito, Platón y los otros más arriba indicados, hasta Achim von Arnim, no le han creado problemas, pues el propio Von Arnim había muerto en 1831, sesenta años antes de la venida al mundo de Nivasio Dolcemare, lo que permitió a la sustancia metafísica del marido de Bettina vagar durante sesenta años antes de alojarse en el *nous* [‘espíritu’] de Nivasio Dolcemare para las necesarias enmiendas y el anhelado perfeccionamiento. Algún motivo de preocupación le dio Friedrich Nietzsche, quien, habiendo muerto en 1900, sólo habría podido reencarnarse en Nivasio Dolcemare adelantando en nueve años su propia muerte.

Y, sin embargo, para Nivasio Dolcemare no cabía duda de que entre los personajes a los que ofrece una fraternal hospitalidad estaba incluido también el autor de *El viajero y su sombra*. Había que admitir, por consiguiente, que el espíritu de un muerto puede penetrar en un cuerpo con algunos años ya de vida, lo que sería como coger un tren en marcha en lugar de subirse a él cuando está parado en la estación; pero por distintas razones que no vienen al caso, esta hipótesis repugnaba a Nivasio Dolcemare. ¿Qué hacer, pues? En el colmo de la perplejidad, Nivasio Dolcemare se acordó oportunamente de que Nietzsche había muerto en 1900, aunque su alma, que es también razón, le había abandonado doce años antes, en 1888, lo que permitió a esa alma aventurera vagar durante tres años enteros antes de encontrar un cálido refugio en el cuerpo de Nivasio Dolcemare. Y su cuerpo mortal, esos ojos hundidos como lagos volcánicos, esa frente semejante a un escollo que cae a plomo sobre el mar, esa cara bigotuda de morsa mongólica, duraron aún doce años, viviendo, pero sobre todo sufriendo, sufriendo horriblemente, y encontrando de tanto en tanto, en los momentos de tregua del sufrimiento, una lejana luz de recuerdo, como en esa ocasión en que el ya casi muerto Friedrich, sentado en la colina que se alza cerca de Weimar, mirando el río que por allí fluye tranquilo, preguntaba a su hermana Isabel: «¿Así que es cierto que he escrito tantos libros..., tantos buenos libros?»; o como el día en que encontró a una niña que regresaba de los campos y tras hacerla detenerse, poniéndole la mano sobre la cabeza y mirándola a la cara, preguntó también a su hermana: «¿No es acaso éste, Isabel, el rostro de la inocencia?...». Lo mismo ocurría con Guy de Maupassant, quien murió en 1893,⁴ pero que «dejó de ser él» dos años antes, en 1891, es decir, el mismo año en que Nivasio Dolcemare vino al mundo (si

es que en el caso de este toro con frac y sombrero de copa, y de esta cumplida criatura asiriobabilónica disfrazada de habitante del pueblo de París,⁵ no pudiera descartarse desde luego toda eventualidad de supervivencia y de transferencia del alma). ¿Cómo habría podido el alma de Guy de Maupassant transferirse a otro cuerpo siendo que el alma de Guy de Maupassant *jamás existió*? Dicen los biógrafos que los Maupassant eran oriundos de Lorena, y que en el siglo XVIII fueron ennoblecidos por Francisco, emperador de Austria y marido de María Teresa; y algunos añaden que los antepasados de Guy eran marqueses, detalle que ni es cierto ni, por otra parte, tan importante como para ser merecedor de investigaciones más profundas.⁶

Todos sabemos ya lo que significan cosas de este tipo. En tiempos de los reyes, las relaciones entre rey y súbditos eran más o menos como las relaciones entre padres e hijos. Alguien dirá que ésta es una simple imagen literaria y que muchos reyes eran malvados, inicuos, crueles o, en el mejor de los casos, indiferentes. Aunque las ideas de bondad, de equidad, de compasión y de solicitud no iban unidas de forma natural a la idea de «rey», las mencionadas cualidades de los reyes refuerzan eventualmente la analogía con los padres. ¡Cuántos padres son buenos con sus propios hijos, justos, compasivos, solícitos, y cuántos hay, en cambio, que son incluso más malos que los peores reyes, más inicuos, más crueles, más indiferentes! Quisiera añadir que la condición de súbdito era en cierto sentido preferible a la de hijo, porque mientras los hijos, como es sabido, no pueden elegir a sus padres, los súbditos podían a veces elegir a su rey, aunque no fuera más que eso, y no sin tomar antes las debidas precauciones. No en vano, por lo demás, algunos reyes fueron llamados «padres» por sus propios súbditos; y algunos, más tarde, cuando la idea de patria se asentó en

la mente de los hombres—este curioso concepto de patria que triunfó y se volvió sagrado en el seno del sentir democrático, y que ahora, junto con el declinar del sentimiento democrático, empieza a su vez a palidecer y a adquirir un valor negativo—, algunos merecieron incluso el apelativo de «padres de la patria». La república puso en lugar del rey al presidente de la república, pero no es lo mismo. El presidente de la república no sustituye al rey, igual que un preceptor, por más que sea el mejor y el más decoroso de los preceptores, no sustituye a un padre: y el presidente de una república, hasta en su aspecto físico, en su porte, en su *indumentaria personal*, no es otra cosa que un preceptor. Los reyes repartían premios y castigos a sus súbditos, así como el padre da caramelos y tirones de orejas a sus hijos.⁷ Cuando el buen rey advertía que a alguno de sus súbditos de buena cuna y digno de respeto le faltaba algo, le otorgaba el título de duque o de marqués, de conde o de barón, es decir, le concedía una merced que no le costaba nada. Hace ya siglos que los títulos de nobleza han perdido toda razón de ser efectiva. ¿Quién recuerda ya que el marqués era llamado así porque tenía por cometido la custodia de las marcas, es decir, de los límites de su territorio? Cierto que Francisco de Austria no hizo marqueses a los Maupasant para que custodiaran la marca de Lorena. ¿Había pues alguna otra razón? Vanidad por vanidad, para *sustituir al alma que faltaba*. En nuestros días—cuesta creerlo—todavía hay quien ostenta un título de nobleza, lo compra, lo simula: ¿por qué otra razón como no sea para colmar un vacío que lo consume y lo desequilibra, para ser alguien, para «conseguir un alma»? Busquemos una analogía. La necesidad del título—la necesidad «física» del título—es propia de determinadas condiciones geográficas. La necesidad de llevar un título y de adquirir consistencia y peso mediante

un título es propia de los países meridionales, o sea, de los países menos fértiles de almas, y está estrechamente ligada a la peculiaridad del hombre meridional, es decir, a los hombres menos colmados de alma. De Roma para abajo, un hombre de cierta categoría no se sentirá del todo «completo» si no es duque o excelencia, conde o comendador, profesor o caballero; y de no ostentar semejante título se sentirá más o menos como ese personaje de H. G. Wells⁸ que había perdido su peso específico y que, por temor a elevarse hacia el cielo como el globo de un niño, salía de casa llevando una maleta llena de piedras.

Mi amigo Stefano Landi ha escrito una comedia titulada *Un padre ci vuole* [Hace falta un padre]. ¿Hasta qué punto es cierta esta afirmación? Stefano Landi, como todo el mundo sabe, es el hijo de Luigi Pirandello, pero la razón por la que ha adoptado como seudónimo el nombre del último verdugo del gran duque de Toscana nadie la sabe, y él menos que nadie. La comedia de Stefano Landi es un *jeu subtil* [‘juego sutil’] entre padre e hijo, en el que un hijo hace de padre de su propio padre. La comedia de Stefano Landi es una exquisita pirandellada, pero, además, su pirandellismo está perfectamente decantado, como la aclaración del pirandellismo, ya que el poso ha quedado en el fondo. Día llegará en que el título de la comedia de Landi pierda todo significado, aunque el estado de la perfección hermafrodita aún esté demasiado lejano como para excluir, por ahora, el oficio y la importancia, la *entremetida importancia del padre*. A nadie le sienta mejor el título de la comedia de Stefano Landi que a Guy de Maupassant, y si por costumbre, distracción o aburrimiento preguntamos quién era el padre de Guy de Maupassant es porque también a Maupassant *le hace falta un padre*. ¿Cuándo se perderá la costumbre de esta bestial, de esta ridícula búsqueda del padre?»

Esperamos con profunda impaciencia la procreación por partenogénesis preconizada por Auguste Comte, y la verificación de las palabras de Cristo según san Clemente: un día «dos harán uno, y el exterior se parecerá al interior, y no habrá ya macho ni hembra». En esto Maupassant fue un precursor, *al menos* en esto. Guy sentía el peso, el vergonzoso peso de un padre. Y el padre de Guy, por su parte, respetuoso con el pudor del hijo, huye, se esconde, se desdobra. No un padre, sino dos padres. Y tener dos padres es como no tener ninguno, porque dos padres se anulan entre sí. El padre era el padre oficial, el otro... El único vínculo era el nombre, porque también Flaubert se llama Gustave. Pero Gustave es un nombre negativo, sobre el que Nivasio Dolcemare tiene ideas muy concretas. A juicio de este explorador de lo inexplorable, Gustave es un hombre-humo, un no-hombre. En el nombre de Gustave hay algo de inconsistente, de poco serio, como en el *hablar español*.^{*} Algunos ejemplos documentan de forma patente este sentimiento por el nombre de Gustave, inverificable de otro modo y que ningún razonamiento lógico, ninguna búsqueda psicológica o ningún examen psicoanalítico serían incapaces de explicar. Gustave precisamente se llamaba un tío paterno de Nivasio Dolcemare, que murió octogenario y en perfecto estado de virginidad.¹⁰ Gustave se llamaba la línea defensiva que el mariscal Kesselring construyó, entre 1943 y 1944, desde el Garellano hasta el Adriático, si bien en este caso el nombre de Gustave se ve reforzado y adquiere cierta solidez, ya que en alemán Gustave se dice Gustav. Añadamos por último que Gustaffson, o sea, «el hijo de Gustave», es el verdadero apellido de Greta Garbo.

* En español en el original. (Todas la notas referenciadas con asterisco son del traductor).

Una de las biografías más importantes de Maupassant, desde la importantísima de François Tassart, su «fiel» criado particular, son los *Souvenirs sur Guy de Maupassant* recogidos por el barón Alberto Lumbroso: extensa compilación de más de setecientas páginas¹¹ que reúne un gran número de recuerdos y documentos de amigos, de conocidos y de la madre del escritor. Lo más singular de esta compilación es el haber sido escrita en francés por un italiano e impresa en Roma, en 1905, en las prensas de los Fratelli Bocca, convertidos para la ocasión en Bocca Frères Éditeurs, Libraires de Sa Majesté.

Como casi todas las biografías, y quizá más que ninguna otra, los *Souvenirs sur Guy de Maupassant* están escritos en un estilo sepulcral, es decir, en ese estilo eufemístico y sistemáticamente laudatorio con el que se redactan las inscripciones de las tumbas. En el mármol de las tumbas todos los hombres son virtuosos, todas las mujeres fieles, y las criaturas muertas a temprana edad angelitos que el Señor, en su bien conocido egoísmo, ha llamado prematuramente a su seno. Los vicios, pecados y bajezas son excluidos sin distinción del estilo sepulcral, y la vida en este mundo aparece limpia y rosada como un pequeño paraíso de coral.

Es también en estilo sepulcral como los biógrafos escriben sus biografías, aunque en realidad no sean más que hagiógrafos de andar por casa. Hace pocos meses nuestras manos hojearon las páginas de la *Vida de Dostoievski* escrita por su hija Lubova, que en ruso significa ‘amada’, en la que el creador de ese Stavroguin, que, según confesión propia, violó y estranguló a una muchachita de once años (no sería de buen gusto investigar aquí si las *Confesiones de Stavroguin* tienen o no cierto carácter autobiográfico), es presentado en su vida y en su trabajo como una especie de contable ordenadísimo y morigerado; y luego contamos con esos

Souvenirs sur Guy de Maupassant en los que este toro normando, cuya vida sólo se distinguió de la de un verdadero toro en que los apareamientos del toro están regulados por un veterinario municipal, mientras que los de Maupassant eran libres y muy irregulares, es presentado como un muchacho el día de su confirmación, misal en mano y con la faja de raso blanco en el brazo.

El estilo sepulcral nos parece particularmente *déplacé* [‘fuera de lugar’] en una biografía de Maupassant, quien si algún mérito tuvo como escritor fue precisamente el de mostrar a hombres y cosas en su desnuda realidad. He de añadir que la palabra *sepulcral* usada en este sentido me ha sido sugerida por un cuento del propio Maupassant, «Las sepulcrales», en el que se ilustra un tipo especial de prostituta que no hace la *retape* [‘carrera’] en las aceras, sino, más provechosamente, en los cementerios, vestida de viuda y al pie de las tumbas.

A veces el estilo sepulcral, y en contraste con las intenciones del autor, alcanza efectos de gran humorismo. Véase cómo se describe el encuentro entre la madre de Maupassant y Eleonora Duse en *Souvenirs sur Guy de Maupassant*:

En Niza, en la gran casa silenciosa donde la enfermedad la tenía postrada, la señora Maupassant, en el verano de 1902, se saltó su regla de soledad para recibir a Eleonora Duse. La señora Duse es una gran admiradora del autor de *Notre Cœur*, admiración que le fue inspirada probablemente por Gabriele D’Annunzio...¹² En el momento de despedirse, la señora Maupassant le dijo a la actriz: «Tiene usted genio y fama, ¿qué más puedo desearle?». «Descansar», se limitó a responder la actriz.

El encuentro entre la señora Maupassant y Eleonora Duse remite a otro encuentro ilustre, el de Alessandro Man-

zoni y Antonio Rosmini. Estando éste próximo a su fin en su casa de Lesa, a orillas del lago Mayor, Manzoni, que le asistía, le preguntó: «¿Qué vamos a hacer, maestro, cuando nos haya abandonado?». Rosmini repuso: «Adorar y callar».

Según el testimonio del señor Balestre, que fue quien acompañó a Eleonora Duse a casa de la señora Maupassant y asistió al encuentro, resta por decir que, pese a que una hablaba francés y la otra italiano, las dos ilustres mujeres se entendieron de maravilla; lo cual resulta particularmente reconfortante para nosotros, porque desmiente a quienes mantienen que la unión de los pueblos europeos no será nunca posible por culpa de la diversidad de lenguas.

Nótese con qué sutileza el barón Lumbroso da a entender que Eleonora Duse había sido iniciada en la admiración de Guy de Maupassant por Gabriele D'Annunzio. Pero la sutileza no acaba aquí. En los *Souvenirs sur Guy de Maupassant* hay todo un capítulo dedicado a los plagios de Gabriele D'Annunzio con respecto a la obra de Maupassant, y ambos textos, puestos frente por frente en la misma página, son despiadadamente confrontados, como el Evangelio reconocido por la Iglesia y la versión apócrifa en los libros de exégesis religiosa.

No hace mucho un amigo mío me habló de la existencia de un curioso epistolario, recientemente descubierto, entre Gabriele D'Annunzio y Eleonora Duse, que tiene la singularidad de que todas las cartas son de tema escabroso y de vocabulario chocarrero, aparte de que las mayores vulgaridades no se encuentran en las cartas de Gabriele, sino en las de Eleonora. Ya oigo alzarse voces iracundas que me acusan de sacrilegio y de iconoclastia. ¡Calma, muchachos! Eleonora Duse no sólo ha sido una gran actriz, sino que sobre todo ha sido un tipo humano, una forma mental, una ac-

titud estética, un estilo, un modo especial de vivir y de ver la vida: ha sido, no ya la creadora (los creadores del *dusismo* se pierden en la noche de los tiempos), sino la autorizada representante de una forma particular de esteticismo.¹³ Exactamente lo mismo puede decirse de Gabriele D'Annunzio, de los prerrafaelitas, de Oscar Wilde, de José María de Heredia, de Maurice Maeterlinck, de muchos otros y, en cierto modo, hasta del propio Mallarmé. El esteticismo es una forma exterior no determinada, no sostenida, no justificada por una verdadera sustancia interior. El esteticismo es una superficie que a veces esconde lo falso y, casi siempre, el vacío. De ahí el aspecto estudiadamente bello del esteticismo, aunque inerte, sin vida, y, en el fondo, repugnante como la muerte misma.¹⁴ El peligro que representa el esteticismo (los esteticismos), y el daño que éste causa, *sunt graviores* ['son más graves'] de cuanto se cree. Desde un punto de vista biológico, el esteticismo es un residuo, una supervivencia, *un cadáver enmascarado*:¹⁵ es el residuo de algo que ya no tiene la menor posibilidad ni derecho de vida, y que, con el fin de que sea aceptada su anacrónica presencia, «se disfraza de belleza».

Los esteticismos son otras tantas cosas muertas, y por consiguiente venenos que intoxican la vida de la humanidad. Todo el mal que debilita al mundo y genera toda clase de crisis, que desata las guerras y hace necesarias y «saludables» las revoluciones, todo este mal nace de la acumulación de residuos y de supervivencias que poco a poco conforman enormes sedimentos de cosas inactuales, de cosas falsas, de cosas muertas; de «cuerpos extraños» que han quedado en el organismo de la vida actual, de contradicciones y de impedimentos a las presentes leyes de la vida. Son pocos los que están dispuestos a «tomarse en serio» el peligro del *dannunzianismo*, del *dusismo*, del *mallarmeís-*

mo y de otros esteticismos literarios, pero basta con pensar que los esteticismos, es decir, los residuos y las supervivencias de cosas muertas, no son sólo literarios, sino también filosóficos, astronómicos, son políticos, son sociales, son ideológicos, son mentales; y entonces el peligro de los esteticismos aparece en toda su inmensa gravedad si pensamos que el mundo está plagado actualmente de supervivencias que lo intoxican y que paralizan su funcionamiento, es decir, de organizaciones sacerdotales que hubieran tenido que desaparecer al término del sistema tolemaico, de organizaciones estatales que hubieran tenido que desaparecer al final de los imperios teocráticos, de formas monárquicas que hubieran tenido que desaparecer con la decapitación de Luis XVI, de formas de pensamiento y de arte, de creencias y de ideas que hoy no son sino otros tantos «cadáveres enmascarados», pero llenos de gérmenes patógenos muy activos y sumamente dañinos para la salud de la Humanidad. La tragedia del mundo tiene por causa la abundancia de cosas que han perdido todo sentido y que, sin embargo, creen aún poseerlo. El símbolo mixtilingüe de la Torre de Babel es hoy más actual que nunca. Todo, en el fondo, se reduce a una cuestión de orden. Los adoradores de Dios y los de los símbolos heráldicos, los imperialistas, los monárquicos y los fieles de cualquier tipo de significados se asombrarán al ver que se los invita a hacerse a un lado como *perturbadores del tráfico*, pero igualmente deberán obedecer; estarán obligados a obedecer. Esta «teoría de la elegancia» será explicada más ampliamente y de viva voz por el capitán Temporale en *La noche de la mano muerta*, que Nivasio Dolcemare está redactando en estos momentos, en medio del silencio fatal de estas terribles noches de guerra.